

es muy poco el efecto que ha hecho y lo pagan los pueblos, fundados en ella. Trajo confesor señalado de Castilla, y con licencia para poder tener su asistencia en palacio como lo hizo, aunque con nota del pueblo por no haber habido otro con este privilegio y porque el vulgo de cualquiera cosa se altera. Era hombre sabio y muy buen predicador, llamábase fray Pedro Ramírez, de la orden del glorioso padre San Agustín. Era el marqués hombre determinado y ponía mucho pecho a todo lo que emprehendía. Era alegre y gustaba de fiestas y animaba a los de la ciudad a que las hiciesen y era el primero en ellas. Era de muy buena razón y entendimiento. Ayudó para la fábrica de esta iglesia de Santiago con cuatro mil y ochocientos pesos, en nombre de su majestad y de su real caja. Vino cédula en su tiempo, en favor de los señores obispos, en razón de visitar los religiosos que tuviesen cargo de el ministerio de estos indios; suplicóse de ella y suspendióse su ejecución. Murió Juan Luis de Ribera, tesorero que era de la Casa de la Moneda, el cual compró el oficio en ciento y sesenta mil pesos, más de veinte años antes de su muerte; y dio más de los cien mil, luego de contado; pero luego que murió se vendió otra vez por el rey (cuyo es) y lo compró un mercader, natural de Sevilla, llamado Diego Matías de Vera, en cabeza de un hijo suyo, en doscientos y sesenta mil pesos, luego de contado; aunque por no ser de edad el muchacho lo sirve un yerno del dicho Diego Matías. Es oficio que tiene voto en cabildo y por lo que costó se conocerá su renta y aprovechamientos. Vacó la vara de alguacil mayor de la ciudad, a la cual se opusieron Baltasar Rodríguez, natural de la Villa de Lepe, en los reinos de Castilla, vecino de esta ciudad, que la quería para un hijo suyo y Juan de Zabala, vizcaíno, minero de las minas de San Luis de Potosí, hombres entrambos muy poderosos en hacienda y la pusieron en ciento y veinte y cinco mil pesos y salió con ella el dicho Baltasar Rodríguez, no porque en ánimo, ni dineros venció a Juan de Zabala, sino porque Zabala tuvo juicio y le dejó salir con ella. Vacó el oficio de Pedro de Campos, secretario de gobernación y le vendió su oficio en ochenta mil pesos, habiéndole costado a él antes sesenta mil.

*CAPÍTULO LXI. Relación de el alzamiento que los chinos sangleyes hicieron en la ciudad de Manila, el año de mil seiscientos y tres*



LOS VEINTE Y SEIS DE SEPTIEMBRE, del año pasado de seiscientos y tres, se publicó en esta ciudad, que una negra esclava había dicho que el día de nuestro padre San Francisco había de haber gran fuego y verterse mucha sangre en la ciudad de Manila, en las islas Filipinas, sobre lo cual se hizo información, y corriendo el tiempo, viernes a tres de de octubre, del dicho año, vispera del dicho santo, en la tarde, don Luis das Mariñas (que vivía junto a el monasterio e iglesia de Mindoc, de la otra

parte de el río) vino con gran priesa a la ciudad a avisar el gobernador, que era don Pedro de Acuña, cómo había revolución de sangleyes y a pedirle treinta soldados; porque los sangleyes que había en los pueblos de Tondo y Minondo, que era donde asistían de ordinario, los sintió con alguna traición; y había sabido que estaban juntos en una tropa más de treinta mil de los hortelanos y verduleros; y que no se había atrevido a reconocerles por no tener gente; y habiendo llegado con este aviso vino con otro, debajo de cautela, un sangley cristiano, llamado Juan Bautista, que era el gobernadorcillo de los sangleyes, que había en Manila y sus alrededores, así cristianos como infieles, el cual dijo al gobernador, claramente, cómo los sangleyes estaban levantados y que se había venido huyendo de entre ellos, porque le querían echar mano. El gobernador le agradeció este aviso, no conociendo su malicia; y para responder a don Luis das Mariñas se entró en consejo de guerra y de él salió acordado que se le diese el socorro que había pedido; y así se le dio, y que todas las compañías de paga se retirasen al cuerpo de guardia; y esto se hizo con mucho silencio, dándoles la orden que habían de guardar; y así todo se puso a punto. En este tiempo algunos de los vecinos rastrearon alguna novedad y que se quería tocar arma; y fue así, que aquella noche, entre una y dos, la tocaron a gran priesa. La ciudad se alborotó en gran manera, por ser muy pocos los que sabían el caso, acudiendo cada uno a su bandera y al cuerpo de guardia para lo que les fuese mandado; y allí se les mandó se repartiesen por la muralla, señalando a cada compañía el puesto que había de guardar; y estando en ella se vio un gran fuego; y marcando la tierra vieron que era en unas casas de recreación, que allí tenía el capitán Esteban de Marquina, en el pueblo de Queapo, un cuarto de legua de la ciudad, a las cuales había pegado fuego una tropa de cuatro mil sangleyes que se habían juntado, de los que vivían por allí al rededor, y habían muerto al dicho capitán Marquina y a su mujer y cuatro hijos y veinte esclavos, con grandísima crueldad después de haberse defendido como valiente soldado y buen cristiano; y tan solamente se escapó de toda su casa una esclava, con una niña en los brazos, medio abrasada y quemada.

Habiendo hecho este daño, embistieron a otra casa, donde estaba el arcedanio Francisco Gómez de Arellano y el padre comisario del Santo Oficio y el padre Hernando de los Rios, clérigo, para quitarles la vida; y, sintiendo el ruido, dispararon algunos arcabuces; y como los sangleyes oyeron arcabucería se retiraron afuera; y habiendo caminado la tropa media legua, llegaron a otro pueblo más arriba y en él hicieron un fuego grande y luego le apagaron y de allí a media hora hicieron otro que duró más tiempo; y ésta fue una seña para que los sangleyes de el Parián embistiesen a la ciudad y ganasen las puertas, lo cual no se atrevieron a hacer; lo uno, porque había bandos entre ellos, y así hubo diferentes pareceres; y los mercaderes, que tenían haciendas, eran los que más fuerza hicieron en que no se acometiese, por no poner en riesgo sus haciendas. Con todo esto embistieran, sino que queriéndolo hacer, dicen que vieron sobre una puerta de la ciudad, que sale al Parián, un cristo crucificado corriendo sangre y al bienaventu-

rado San Francisco, a sus pies, y que este milagro los acobardó grandísimamente; y así se fueron retirando sin ser sentidos.

Los que estaban en el pueblo de Queapo le pusieron fuego, matando a algunos naturales, cuyo llanto y aullido se oía en la muralla. A este tiempo amaneció y se supo que el enemigo, con su real, venía a hacerse fuerte en una ermita que se llama San Francisco del Monte; y no fue así porque los frailes que había en ella y algunos indios y el arcadiano y los que con él se habían escapado, se había recogido allí y fortificádose; y los sangleyes pasaron adelante y se fortalecieron en un fuerte que habían hecho, el más de ver, y de más defensa que se podía imaginar, que era de madera y terraplénado; de alto de un hombre, con dos fosos de agua limpia y sitio acomodado para veinte mil hombres; con calles hechas muy artificiosas, el cual fuerte, había más de un mes que se había empezado a hacer y trabajaban en él más de veinte mil sangleyes; y había sido con tanto silencio que nunca se sintió; la causa fue el ser tierra poco usada de españoles y lo más de ella de pantanos; y así se fue recogiendo la gente y fue de manera que el sábado a medio día tenía el enemigo diez mil sangleyes en campo. Este día los sangleyes cristianos, de Tondo y Minondo, se alzaron; y viendo esto don Luis das Mariñas habiéndole llegado el socorro que el gobernador le enviaba, dio en ellos con grande ánimo, matando muchos y viendo que la muchedumbre, que cada rato les acudía era grande, pidió segundo socorro a gran priesa. El gobernador le envió al capitán don Tomás Bravo de Acuña su sobrino, con hasta sesenta soldados de su compañía, mosqueteros y arcabuceros; y al tiempo de salir de la ciudad acudió mucha gente de ella a ofrecerse para ir con él; y aunque el gobernador lo quiso estorbar, no fue posible que dejasen de ir muchos vecinos, y entre ellos los de más consideración de la ciudad que son los siguientes:

El capitán don Tomás Bravo de Acuña, con su alférez y sargento y sesenta soldados de su compañía, treinta capitanes, alléreces y sargentos reformados, vecinos de Manila; todos estos que se embarcaron de segundo socorro murieron cerca de San Francisco del Monte, excepto el capitán Sebastián Pérez de Acuña y el capitán Pedro de Arceo Covarrubias, con algunos soldados, que quedaron en ciertos puestos, que le pareció al dicho don Luis convenir en el pueblo de Tondo, para defensa de él. Llegaron los nuestros a vista del enemigo, sábado a medio día, hasta cien hombres por todos; habiéndose juntado con don Luis das Mariñas y el general Juan Árcega, que era alcalde mayor de Tondo, en aquella ocasión; y con acuerdo que tuvieron embistieron al enemigo, que tenía hechas tres escuadras en que había cuarenta capitanes de a ciento y ochenta hombres cada capitán; y la demás gente encubierta con su coronel y cabo entre los zacatales. Nada de esto desmayó a los españoles, antes confiando en la justicia y el ánimo español, acometieron con tanta fuerza que los hicieron retirar a gran priesa; y codiciosos de semejante victoria se fueron entrando entre los enemigos, de manera que cuando conocieron el engaño de su retirada, queriendo hacer lo mismo, no pudieron; lo uno, porque estaban metidos en un pantano, hasta la rodilla; y lo otro, por tenerlos cercados los enemi-

gos y no poderse aprovechar de los arcabuces, y así murieron todos a palos y catanzos, que no escaparon sino tres o cuatro españoles que se pudieron librar por tener buenos pies.

Suceso fue bien de llorar y luego se divulgó, aunque en más de cuatro días no lo entendió la ciudad con certidumbre, porque así lo mandó el gobernador, por no causar pena, por haber faltado de la mejor gente de la ciudad, llevando las cabezas de los muertos ensartadas en unos bejuco; y las tres principales, que fueron las de don Luis das Mariñas, el general Juan de Árcega y capitán don Tomás Bravo, las pusieron a la puerta de su fuerte, haciendo grandes rogocijos, dando gracias al cielo y a la tierra, a su usanza, por la victoria que habían habido, pareciéndoles que ya hallarían poca resistencia en los españoles, pues tanta gente de importancia habían muerto y luego trajeron las dichas cabezas al Parián, para que viéndolas los sangleyes, que habían quedádose en él (que todos las conocían) se animasen a ganar la ciudad y se juntasen todos para conseguir esto. Muchos hubo que se aunaron con ellos y en el Parián se quedaron hasta mil y quinientos, los más mercaderes y oficiales de todos oficios; los cuales, debajo de cautela, querían estar a la mira, para que si los de su nación gasasen la tierra, ser de ellos; y si los españoles saliesen con victoria, decir que no eran ellos sabidores, ni culpados en el alzamiento.

El domingo y lunes, hasta medio día, estuvo el gobernador con toda la Audiencia, visitando el Parián y dando orden en lo que más convenía; los sangleyes mercaderes decían que eran nuestros amigos y que harían lo que su señoría les mandase; a lo cual les fue respondido que metiesen dentro de la ciudad sus haciendas y que a ellos se les señalaría lugar donde estuviesen seguros, con guarda de españoles; en esto no quisieron venir; pero metieron en la ciudad gran cantidad de hacienda en mercaderías; y viendo que no querían entrar dentro, se daba orden cómo ver la gente que estaba en el Parián, para dar a cada uno una señal, y se entendiese que el que no la tuviese era de los enemigos. Con este acuerdo se salió del Parián el gobernador y Audiencia.

Esta misma mañana habían salido de la ciudad, con orden del gobernador, cuatrocientos japoneses y algunos españoles, y el padre fray Juan Pobre, lego de San Francisco, descalzo, con ellos, por haber sido aquí muy buen soldado y ser amado de los japoneses; y dieron de sobresalto sobre los enemigos, matándole más de quinientos y tomándoles todo el bastimento que tenían en su fuerte; que fue el puesto donde los japoneses acometieron a los sangleyes, los cuales habían quedado en guarda del dicho fuerte y de la comida que en él había; porque toda la demás gente había ya caminado la vuelta de esta ciudad; y los que de esta refriega escaparon vinieron a dar con ellos y con esto se retiraron los japoneses con su cabo.

Todo el ejército de los sengleyes, que habían salido de su fuerte y los demás que con ellos se juntaron, vinieron marchando hacia esta ciudad en tres tropas, que serían por todos más de cincuenta y dos mil, y se juntaron todos en el pueblo de Lilao, que está novecientos pasos de la muralla y poco menos de su Parián; y luego se apoderaron de una iglesia de piedra

muy fuerte, que es de la advocación de nuestra señora de la Candelaria, que su imagen había traído en procesión a la ciudad, en la dicha iglesia y pueblo de Lilao; y a el rededor situaron su campo, que ocupaba más de una legua, haciendo muchas algazaras y ruidos, que se oían muy bien en la ciudad; y también los llantos y voces que los naturales y mujeres y niños, que se habían recogido hacia la muralla, daban, que causaban grande alteración a la ciudad; y lo que más pena daba era un llover continuo que acababa la paciencia, por no haber donde ampararse la gente española, por haberse mandado que se destechasen todas las casas que estaban cubiertas de paja, por temerse de algún artificio de fuego; y así, en las que había cubiertas de teja, no cabían de pies, y todo era confusión y llanto. En este tiempo estaba la ciudad cercada de cincuenta y seis mil sangleyes. Repartióse toda la gente de la ciudad por las murallas, y por la parte del Parián, donde la muralla estaba más flaca, se puso más fuerza de gente y en los baluartes se repartió la artillería que había en la ciudad.

Hasta este punto no se había tomado resolución de lo que se había de hacer de los sangleyes neutrales que se habían quedado en el Parián; y si se quemaría o saquearía, por tenerse por cierto haber en el más de un millón de hacienda. El saco no tuvo lugar, por estar el Parián cerca de el real de el enemigo; y porque los sangleyes neutrales ya se comunicaban y pasaban con los otros; y así se tomó resolución de ponerle fuego; y fue con tanta brevedad que parecía que la justicia divina mostraba que semejantes pecados nefandos, como los que allí se cometían, eran merecedores de semejantes castigos.

Viendo los sangleyes que todo se iba quemando y asolando, escaparon lo más que pudieron y pasaron a la otra banda de un arroyo, a otras casas que allí había de los mercaderes ricos de su nación. Toda esta tarde, que fue lunes, mientras pasaba esto en el Parián, en el real de el enemigo hubo consejo de guerra; y de él salió acordado enviar sangleyes de dos en dos a reconocer nuestra muralla y a ver qué armas teníamos; y a saber si todos los bultos que había en ella éramos españoles, porque a ellos les parecía imposible, sino que entendían, que habíamos traído los bultos de los santos de las iglesias; y no iban muy fuera de camino, porque ya que no eran ellos, eran mil santos religiosos que para esta ocasión habían renunciado los hábitos, sin reservarse ninguno, animando a todos con sus santas palabras y obras; pues todos venían cual con mosquete, arcabuz, pica, lanza, espada y rodela, rezando y asistiendo en la muralla de día y de noche como verdaderos soldados de Jesucristo.

Los enemigos que venían a reconocer la muralla lo hacían tan bien, que en llegando a tiro de arcabuz hacían una reverencia y se paraban y desde la muralla les tiraban a terreno; de manera que sólo uno volvió con vida de muchos que vinieron.

Aquella noche no hubo persona que quitase el ojo de el enemigo, el cual trabajó toda ella en estaçar un río que estaba enmedio de su real y nuestra muralla; porque por aquella parte no les viniese algún daño; y no fuera mala la prevención, si les valiera de el todo.

Amaneció martes por la mañana, y el gobernador y consejo de guerra acordaron que se saliese a escaramuzar con el enemigo; y entre las ocho y las nueve de el día salieron de los muros afuera ciento y cincuenta españoles arcabuceros, cuatrocientos japones y algunos indios naturales, y por cabo de todos ellos el sargento mayor Juan Juárez Gallinato; y acometiendo con más ánimo que concierto, echando a los japones por delante y a los españoles en retaguardia, dieron en los enemigos y les ganaron la puente y la ermita, matando más de quinientos e hiriendo a muchos, apoderándose de las banderas que tenían. Viendo el enemigo que los españoles y japones se iban metiendo en su real los comenzaron a cercar para cogerles enmedio; y visto esto por los japones comenzaron a retirarse a gran priesa, a espaldas vueltas; y lo mismo hicieron muchos de los nuestros españoles; lo cual, visto por el enemigo volvió sobre los nuestros con tanto ánimo que los hizo retirar a todos con gran priesa, ganándoles la puente que está entre la dicha ciudad e iglesia de la Candelaria. Viendo el sargento mayor Gallinato cómo toda la gente se iba retirando, volvió sobre el enemigo con grande ánimo y con ocho o nueve españoles y un esclavo suyo les ganó la puente y allí se hizo fuerte con sus soldados, donde defendió la puente más de dos horas, hasta que el gobernador le envió orden para que se retirase, recibiendo muchos golpes y heridas en su persona, que las buenas armas que llevaba le libraron de la muerte, mediante Nuestro Señor; y viniéndose retirando hacia la muralla, con buena orden, los enemigos le vinieron siguiendo y los nuestros los dejaron llegar a tiro de arcabuz de la muralla; de la cual les tiraron muchos arcabuzazos y mosquetazos, no dejando de jugar la artillería, con que mataron mucha cantidad de ellos, con lo cual les fue forzoso retirarse; y el sargento mayor Gallinato, con toda la gente que se había retirado, fue en su seguimiento hasta la puente, matando e hiriendo muchos de ellos y desde allí se retiró a la ciudad.

CAPÍTULO LXII. *Que prosigue el motín y alzamiento en la ciudad de Manila, y se dice el fin que tuvo*



EN ESTE TIEMPO NO HOLGABAN LOS DE EL PARIÁN, que como vieron que el día antes se había quemado más de la mitad, como gente desesperada se determinaron de morir o vencer; y así aquella noche hicieron dos carros con que otro día por la mañana se venían llegando a la muralla; y eran de tal artificio que bajando de una parte subía de la otra para arriba, de tal manera que sobrepujaba la muralla; y cada vez podían entrar más de treinta hombres, y esto con bien poco trabajo, y tras de ellos venían gran suma de sangleyes, que no poco cuidado dio a la ciudad por no saber lo que era; y así, en llegando, que llegó cerca de la muralla, se les disparó una pieza que estaba sobre la puerta de el Parián, y desbarató esta máquina, matando mucha gente de los que venían en ella y de los que por lo bajo ayudaban a tirarla.